

DÉCIMO SÉPTIMO DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

Muchos hijos adultos pasan años buscando algo que finalmente traiga paz. Buscamos seguridad a través de los logros, la aceptación por medio de complacer a los demás, valor a través del rendimiento o seguridad a través del control. Estas búsquedas suelen empezar como formas de sobrevivir durante la infancia, pero con el tiempo se convierten en los lugares donde buscamos nuestra identidad. La recuperación nos invita a preguntarnos, si lo que hemos estado persiguiendo es realmente capaz de darnos la vida que anhelamos.

El Evangelio de este domingo presenta varias parábolas breves sobre el Reino de los Cielos (Mateo 13:44-52). En dos de ellas, Jesús describe a un hombre que encuentra un tesoro escondido en un campo y a un comerciante que encuentra una perla muy valiosa. En ambas historias, cada uno vende todo con alegría para poseer lo que realmente es valioso.

Jesús nos invita a hacernos una pregunta profundamente personal: ¿qué tesoro ha estado moldeando mi vida?

Para muchos hijos adultos, la respuesta no siempre es obvia. Podemos creer que simplemente estamos intentando ser responsables, serviciales o tener éxito. Sin embargo, bajo esos esfuerzos, podemos estar buscando aprobación, intentando evitar el rechazo o creyendo que nuestro valor depende de mantener contentos a los demás. Estos patrones a menudo cumplían un propósito en la infancia, pero no pueden proporcionar la seguridad duradera que nuestro corazón desea. Lo que antes nos ayudaba a sobrevivir, ahora, silenciosamente, puede impedirnos a vivir libremente.

La primera lectura brinda un ejemplo hermoso de un deseo ordenado correctamente. Cuando Dios le dice a Salomón que

pida cualquier cosa, él elige la sabiduría en lugar del poder o las riquezas (1 Reyes 3:5, 7-12). Reconoce que el mayor don, no es conseguir todo lo que quiere, sino aprender a ver a través de los ojos de Dios. La recuperación del hijo adulto llama a hacer la misma oración. En lugar de pedirle a Dios que convierta la vida en algo predecible o cómoda, le pedimos la sabiduría para vivir con honestidad, valor y confianza.

Los Doce Pasos nos ayudan a descubrir esta nueva forma de vivir. Empezamos a decir la verdad sobre nuestro pasado, sin permitir que defina nuestro futuro. Tenemos la disposición para examinar viejas creencias, miedos y resentimientos que han moldeado nuestras relaciones. Practicamos la oración, el inventario y una comunión sana, para que nuestra identidad se funde menos en la supervivencia y más en la gracia de Dios.

Este trabajo toma su tiempo. Podemos seguir sintiendo atracción hacia el perfeccionismo, complacer a los demás o el funcionar en exceso. La recuperación no nos pide que finjamos que esos patrones han desaparecido. En cambio, nos enseña a reconocerlos más rápido y a elegir una respuesta diferente. A medida que nuestra confianza en Dios se profundiza, nos dejamos de mover por el miedo y nos anclamos más en la libertad de vivir auténticamente.

Con el tiempo, notamos cambios sutiles pero significativos. Nos sentimos más cómodos al decir que no, sin tener culpa. Recibimos amor sin sentir la necesidad de ganárnoslo. Tomamos decisiones basándonos menos en el miedo y más en el discernimiento. Descubrimos que la paz no proviene de controlar la vida, sino de confiar en Aquel que la sostiene.

El Reino de los Cielos es la perla muy valiosa, porque nada se compara con saber que pertenecemos a Dios. A medida que seguimos en la recuperación, se nos llama a dejar atrás los falsos tesoros que una vez moldearon nuestra identidad, y elegir, cada día, la libertad duradera que se encuentra en Cristo.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

- ¿A qué “tesoro”, en lugar de tu relación con Dios, has recurrido más frecuentemente para tener sentido de valor o seguridad?
- ¿Qué viejo patrón de supervivencia te está llamando Dios a entregar para que tu verdadera identidad pueda crecer con más libertad?
- ¿De qué manera te ha ayudado la recuperación a experimentar la libertad de vivir como un hijo o hija amado de Dios, en lugar de intentar ganar tu valor?

LECTURAS DOMINICALES

PRIMERA LECTURA 1 Reyes 3:5, 7-12

SAL. RESP. Salmo 119:57, 72, 76-77, 127-128, 129-130

SEGUNDA LECTURA Romanos 8:28-30

EVANGELIO Mateo 13:44-52